

EDUARDO ROMERO

En mar abierto

PRIMERA PARTE

I

LA CASA ESTABA, A TODAS luces, desocupada. Puertas cerradas, maleza en el jardín, macetas conquistadas por las malas hierbas, persianas bajadas y oxidadas. Habían rondado a su alrededor durante varios días para confirmar que no había vida en su interior.

La puerta delantera, demasiado expuesta a la calle, quedaba a la vista de algún vecino curioso y, quizás, entrometido. Así que esperaron a la noche para propinar tres o cuatro patadas a la puerta de atrás. La luz de las farolas de la calle iluminaba levemente algunas de las estancias de la casa. Lo suficiente para comprobar que era habitable. Abajo, un amplio salón con una mesa de madera maciza, grande y alargada, además de la cocina y el baño, sin agua corriente. Arriba, un buen puñado de dormitorios. Más arriba aún, en el techo de una de las habitaciones, una misteriosa trampilla. Demasiado oscuro para abrirla y colarse en su interior.

2

Las furgonetas repletas de comida se estacionan, de madrugada, delante de la puerta del almacén del supermercado, que permanece abierta durante el reparto. Penetran sigilosamente y se dividen para coger la mayor cantidad de comida en el menor tiempo posible: leche, yogures, pan y dulces son el grueso del botín. Un reponedor sorprende, encaramado en una escalera, al más menudo, que avisa

al resto con un breve grito. Salta al suelo con una agilidad asombrosa, se escurre entre las manos del empleado y es el primero en alcanzar la puerta. Los demás, como un resorte, han iniciado la huida. Salen justo detrás y se dispersan, a la carrera, en diversas direcciones. Ninguno ha soltado la cena.

3

Ha anochecido. Sobre uno de los bancos de la plaza extienden toda la comida que han podido recopilar. Comienza la cena del primer día de Ramadán. Al otro lado de una valla, se oye ruido de juegos en una pista de fútbol atestada de jóvenes del barrio. Una mujer se acerca, renqueante, al grupo reunido alrededor de la comida. Es una vieja conocida de la calle. Tiene hambre. Pronto le hacen un hueco y se suma al banquete.

4

En el gran salón de la casa abandonada algunos chicos han comenzado a cantar. De no se sabe dónde ha aparecido un pequeño tambor. Todos —también la vieja— siguen su ritmo con palmas o golpeando sobre la mesa. En uno de los armarios del piso superior han encontrado un montón de vestidos, además de sombreros, chaquetas e incluso una peluca. La fiesta es también una fiesta de disfraces.

La música se cuele en la casa de al lado. Los vecinos, que hasta entonces no se habían percatado de la vida que bullía al otro lado de la pared, tratan de encontrar el lugar del que procede la melodía. Se asoman primero a la ventana, convencidos de que viene de la calle, pero esta permanece desierta. Cuando se dan cuenta de que el ruido proviene de la casona, el padre y la madre se acobardan. ¿Quiénes la ocuparán? El hermano mayor, adolescente, se ofrece

a aventurarse y, a través del jardín, asomarse a la ventana para ver qué pasa adentro. Su padre le prohíbe tajantemente salir de casa mientras su madre marca el teléfono de la policía.

El rap ha sucedido a las canciones populares marroquíes. Un sillón hace las veces de escenario: a él se suben quienes quieren cantar sus propias letras.

Han apartado la mesa del centro del salón y casi todos los chicos bailan. La vieja, bastante borracha, dormita en el sofá y, de vez en cuando, abre los ojos, mira a su alrededor y ríe. Vuelve a dormirse.

El ruido de las sirenas alerta a los chicos. Suben la persiana —se levanta entre quejidos— y ven, por el amplio ventanal, cómo se acercan dos coches policiales. Los agentes se dividen para entrar por la puerta principal y por la trasera. Irrumpen a la carrera en el gran salón, donde encuentran a una vieja echada en un sofá, durmiendo. Desconcertados, la zarandean hasta que se despierta y la interrogan por los causantes del ruido.

—¿Qué ruido? ¡A la mierda! Ni aquí puedo dormir tranquila —responde ella, alcanzando a uno de los agentes con su aliento a vino.

—Aquí había música hace un momento, la hemos oído —insiste uno de los policías, que sigue sin dar crédito a la escena que se han encontrado. Mientras, los demás se han repartido por la casa y buscan con linternas a los alborotadores.

—No hay nadie —informa uno de ellos.

—¿Lo ves? —añade la vieja—. Ya te lo decía yo: estoy sola, y hasta aquí me perseguís para molestarme. ¿No habíamos quedado en que no podía dormir en la calle? Pues en algún sitio tendré que pasar la noche, aunque vosotros queráis que, simplemente, desaparezca. ¡Dejadme en paz de una vez!

Antes de irse, los policías dan una vuelta por los alrededores de la casa y avisan a los vecinos de que la única sospechosa del concierto nocturno es una anciana acostada en un sofá.

Pasa por lo menos media hora hasta que el primero de los chicos se anima a levantar la trampilla y descolgarse desde el tejado hasta el piso superior. Desde arriba han podido comprobar que los dos coches se han ido, pero prefieren extremar las precauciones. Solo bajan tres. Recorren toda la casa antes de avisar al resto de que ya pueden salir. De vuelta en el salón, ríen mientras recuerdan la velocidad de su estampida hasta colarse por la trampilla, el agujero por el que observaban a los policías volverse locos en su busca, la insuperable actuación de la vieja para espantarlos. Ella vuelve a dormir. No la despiertan. Por la mañana se lo agradecerán.

5

Ahora que me propongo novelar las peripecias vitales de algunos de estos jóvenes, trato de recordar cómo los conocí. Maldigo mi memoria de pez, que me impide reconstruir mi primer encuentro con Ahmed. Cariñoso, desequilibrado, amable, mentiroso, locuaz, en Ahmed todo es exagerado. Me recrimina recurrentemente ese olvido mío de la primera vez que nos cruzamos por el barrio y él me abordó. Es nítido, sin embargo, el recuerdo de mi primer encuentro con Simo. Caminé hasta aquel parque en busca de Soufiane —tímido y despistado, Soufiane fue el primero de los chicos que conocí— y allí me encontré con un grupo de adolescentes que, junto a los muros de una iglesia, se pasaban una bolsa de plástico para esnifar disolvente. Era una tarde de domingo. Parecía que la gente de ese barrio vivía enclaustrada en sus casas, pues solamente esta pandilla ocupaba el parque. A mi llegada escondieron la bolsa y el bote de disolvente, pero bastó un poco de confianza —yo no era policía ni educador— para que Simo sacara de nuevo la bolsa y empezara a inspirar con fuerza para regocijo de sus iguales, pendientes de mi reacción. A Simo le gusta referirse a aquella escena y yo recuerdo perfectamente su rostro y su cuerpo frente a mí: la

energía que desprendía, sus ojos enrojecidos, su sonrisa mientras reivindicaba el placer del pegamento.

A Rachid, sin embargo, no llegué a conocerlo. Escribiré sobre él sin haberlo visto nunca. Serán las voces de Jibril y Elías —sus dos hermanos—, de sus amigos y de Laura —su novia de entonces— las que me permitan dibujar algunas de las escenas de su vida.

6

La gran casa abandonada, la *kharba* de la fiesta de disfraces, es ya un lugar controlado por la policía. La ciudad —Oviedo— se va haciendo cada vez más claustrofóbica para este grupito, que nunca logra pasar desapercibido. Entre las fantasías de los chavales siempre sobrevuela la posibilidad de largarse. Este horizonte —el de que los chicos abandonen la ciudad— es curiosamente compartido por maderos y chavales. La forma y el destino de ese éxodo son, sin embargo, opuestos en el imaginario de unos y otros.

El jefe de la Brigada de Extranjería es un burócrata. Desde la Comisaría General de Extranjería y Fronteras le llegan periódicamente órdenes para capturar extranjeros. Se trata de llenar aviones de deportación: le dan una fecha tope, un objetivo numérico y una nacionalidad, y él ordena a la brigada salir a por nigerianos o a por senegaleses o a por colombianos. Al principio enviaba a sus agentes a hacer detenciones a puntos calientes de la ciudad. La estación de tren o la de autobuses eran sus preferidos. Cuando no alcanzaba el objetivo, ampliaba las redadas a otros sitios, como la entrada de la cocina económica, los locutorios, el entorno de la sede de la asociación Asturias Acoge... Últimamente está perfeccionando sus métodos. Para qué hacer identificaciones por la calle, con lo escandalosas que son, pudiendo personalizarlas y acometerlas con discreción. El mando policial revisa los datos del padrón municipal, los cruza con las órdenes de expulsión en curso y envía a sus

subordinados a hacer detenciones en los propios domicilios. Se le ocurre una treta para ahorrar aún más trabajo a la brigada. La está empezando a experimentar con éxito. No hace falta ir a buscar indocumentados si vienen directamente al redil: les envía citaciones para que acudan a hacer un trámite de su interés a la oficina de extranjería y allí mismo sus agentes los detienen. El jefe de la Brigada está orgulloso de las mejoras que ha introducido, pero todo esto lo vive como una cuestión de eficacia profesional.

El asunto de los jóvenes marroquíes que, tras su paso por centros de acogida, vagan por la ciudad, se lo toma, sin embargo, como una cuestión más personal. Son —piensa— chusma, carne de cañón, un nido de conflictividad social que hay que erradicar. Así que se le pone entre ceja y ceja el objetivo de deportarlos, directamente o previo paso por la cárcel o el centro de internamiento.

Lo que los chavales imaginan, en la dirección contraria, es una nueva aventura: sortear fronteras hacia el norte, hacia otros países de Europa.

7

Rachid y Simo hablan precisamente de las peripecias de Soufiane, que ha dado señales de vida desde Suiza, cuando Ahmed irrumpe en la plaza para anunciarles que ha encontrado nueva casa. Rachid y Simo lo escuchan al principio un poco incrédulos. Entonces Ahmed mete la mano en el bolsillo de su pantalón y, tras hacer unos aspavientos, abre el puño y —magia— unas llaves tintinean delante de las narices de sus amigos. A falta de una *kharba*, se ha sacado un as de la manga: ha convencido a Khalid para que les deje su piso durante la temporada que él pasará en Marruecos. En realidad no ha necesitado proponérselo, ni siquiera ha buscado conscientemente que Khalid se lo ofreciera. Ha surgido, sin más, de la con-

versación. Pero a Rachid y a Simo se lo adorna para presentárselo como si hubiera puesto en práctica un plan preconcebido.

Khalid es casi quince años mayor que ellos y lleva media vida en España. Vuelve a casa para celebrar su propia boda. En el fondo, le inquieta meter a esta pandilla en su piso. No quiere perder su reputación, ganada a pulso contra todos los estereotipos raciales, de persona integrada, discreta, laboriosa. Pero se siente comprometido con la familia de Ahmed. Al fin y al cabo eran vecinos en ese pueblucho del que ambos provienen. Desde la terraza, construida con las remesas enviadas por Khalid, este puede otear durante sus visitas anuales buena parte del pueblo y, concretamente, la casa de la familia de Ahmed, más modesta y de una sola planta. Junto a ella se levanta una cuadra, casi un chamizo, para las vacas y los corderos que engorda el padre de Ahmed. Cuando ese hombre fornido y bigotudo abre la puerta, emana de allí un hedor espantoso. A un lado de la cuadra, una cuerda está atada al tronco de un árbol. La cuerda serpentea unos metros por el suelo y se eleva hasta anudarse en un collar. El collar se cierra alrededor del cuello de un burro que, en el preciso momento en que Khalid lo observa desde la terraza, arranca con los dientes unos hierbajos. A su lado pasa de largo la abuela de Ahmed. Desde su puesto de observación, Khalid no puede apreciar la delicadeza de su vestido ni los tatuajes que forman ya parte inseparable de su rostro y de sus manos. Esas pinturas paganas alrededor de su boca, su nariz y sus ojos espantan a los malos espíritus. Contribuyen además a ese aura de erotismo que desprende la abuela al moverse, al reírse, al mirar a los ojos. Sí, la abuela habla, grita, canta, ríe estruendosamente. Mientras la madre de Ahmed permanece casi siempre recluida, la vieja, la bruja, la loca, puede hacer lo que le viene en gana.

Khalid viaja todos los años a este pequeño pueblo de la provincia de Beni Mellal, en el Atlas marroquí. No se lo confiesa a nadie, pero el lugar le parece cada vez más deprimente. Casas paralizadas a media construcción, montones de ruinas, un dispensario de sa-

lud y paritorio impecablemente terminado y cerrado a cal y canto, una carretera plagada de tráfico que atraviesa el pueblo y lo impregna de humo y olor a asfalto recalentado... Khalid no acierta a explicarse cómo es posible que al principio le gustara tanto volver a casa y, sobre todo, que le provocara placer contemplar su pueblo. Ahora piensa que ese lugar tiene lo peor del campo y lo peor de la ciudad. Y recuerda la última visita al cementerio, cuando no era capaz de encontrar la vieja sepultura de su padre en medio de ese caos de enterramientos y de repente se vio, con sus pisadas, revolviendo la tierra de una de las tumbas.

No, Khalid no quiere perder su reputación, pero le pesa el deber para con sus vecinos. El encanto casi irresistible de Ahmed ha logrado inspirarle esa mezcla de compasión por sus tribulaciones y de confianza en que le cuidará el piso durante su ausencia. Ya le he dado las llaves, así que basta de darle vueltas, se dice esa noche mientras aprieta con fuerza el contenido de su maleta rebosante para lograr cerrar la cremallera.

8

El piso es frío y húmedo. Un estrecho y oscuro pasillo da paso a la cocina, el baño y un par de habitaciones. La madera podrida de las ventanas deja pasar el aire al interior. Una especie de murmullo permanente se cuele por las hendiduras: en el tejado y en la parte más alta de la fachada, por el lado del patio interior, anidan un montón de palomas, que llenan de mierda el alféizar de las ventanas. Aunque es el piso superior del edificio, hay un tramo más de escaleras: termina en dos puertas enfrentadas por las que se accede a los trasteros. Ambas puertas están candadas.

Khalid ha alquilado el piso recientemente. Había decidido vivir solo por un tiempo y este era el hogar que se podía permitir. Tantos años de alquileres baratos en pisos compartidos le habían dado la

AGRADECIMIENTOS

NO IMPORTAN LAS PALABRAS que escoja para llenar esta página, nunca reflejarán suficientemente el carácter colectivo de este libro. En él, muchas personas se han ido convirtiendo en personajes. La escritura de esta novela —o lo que quiera que sea este texto— se ha alimentado de sus vidas y de sus palabras. En algunos casos, es fácil reconocer el vínculo entre realidad y ficción: las historias de Rachid y de Mandaw se pueden rastrear en los periódicos. Mandaw Diagne es el nombre real del joven que, el 25 de agosto de 2007, se golpeó la cabeza al caer de un camión de la empresa Cubo Express y, quince meses más tarde, falleció en una clínica de la ciudad de Oviedo.*

Hay personajes que, a medida que discurre el libro, se van independizando cada vez más de las personas a las que remitían en su origen. Por esa y por otras razones, muchos nombres han sido modificados. Hay, también, protagonistas de esta novela que pertenecen exclusivamente al ámbito de la ficción.

Pero este libro es un libro coral no solamente por sus personajes, sino por quienes han participado en él entre bastidores. Pedazos de esta novela han circulado tanto que sería demasiado arriesgado hacer una enumeración exhaustiva de todas las que habéis leído o escuchado un trocito y me habéis devuelto una opinión, una sugerencia, una corrección, una crítica... Para mí, este proceso ha sido parte esencial de la creación de la novela, que ha ido adquiriendo cuerpo a medida que leíamos en voz alta

* En el año 2018, dos años después de la primera edición de esta novela, la Audiencia Provincial absolvió a los responsables de la empresa de los delitos que se les imputaban.

muchas de sus escenas. Ojalá hayáis disfrutado tanto como yo de esas lecturas colectivas.

Este libro se nutre de todas las experiencias acumuladas en los primeros trece años de existencia de Cambalache y de nuestra década de participación como colectivo en la *Ruta contra'l racismu y la represión*.

Agradezco a la asamblea de Cambalache que apostaran por este proyecto, no solo por la decisión de editar por vez primera *En mar abierto*, sino por asumir con tanto detallismo y cariño la lectura de los bocetos y porque varias personas dedicaron su tiempo a liberarme a mí de otras tareas para que pudiera escribir. Estoy también muy agradecido a Víctor, Raquel y Julián, de Pepitas, por haber acogido con entusiasmo la posibilidad de dar una segunda vida a esta novela. Creo que es un lujo para *En mar abierto* que le hayáis brindado esta oportunidad. También lo es toparse con editores que le ponen una pasión infinita a lo que hacen.

Agradezco particularmente a Adama Diouf su capacidad para traducir e interpretar muchas conversaciones sin las cuales no habría sido posible escribir la historia de Mandaw Diagne.

Amelia Celaya ya es mucho más que la diseñadora y maquetadora de Cambalache. Sé todo lo partícipe y cómplice que te sientes de este libro.

Gracias, también, al equipo corrector: Irene, Pedro, Ana y Germán. Cuando vi la exhaustividad con la que habíais corregido el texto, se me cayó el alma a los pies. ¡Madre mía, cada coma, cada léismo, cada repetición fue motivo de análisis por este equipo implacable! Creo que nunca había visto una corrección de un texto tan comprometida, tan implicada en que el resultado final fuera el mejor posible. Gracias infinitas a las cuatro.

Quiero expresar un agradecimiento especial a Irene, que no solo coordinó esas correcciones con su profesionalidad habitual, sino que fue un sostén y una compañía constantes para mí durante los cuatro años de trabajo en la novela. Como ella misma escribe: «Tú eres la red. Hasta que no veo que estás realmente ahí, no salto».

Otras personas que no participan del día a día de la asamblea asumieron con entusiasmo la tarea de lectura y corrección. Santi, Gema, Carlos, Maribel, Nere, Jose Antonio, Ana, mil gracias por vuestras aportaciones.

Con Gema y Moha compartí un viaje a Marruecos clave para escribir algunas de las escenas de este libro.

Gracias, Moha, por tu hospitalidad y la de tu familia.

Gracias, Gema, por tu mirada.

Lucía me acogió cariñosamente en Leeds y de ese modo facilitó mi visita a Liverpool.

Este libro terminó de escribirse a primeros de marzo de 2016 en Túnez. Quiero agradecer a Ana y a Santi esa semana en la que acompañaron los últimos pasos del proceso de escritura. Gracias por todos los cuidados de esos días y por la indagación que nos permitió —por fin— dar con un título.

TRAS LA primera edición de la novela, han sido muchas las personas que se han puesto en contacto conmigo para conversar sobre ella. Quiero nombrar particularmente dos experiencias que han sido para mí especialmente gratificantes. Charo González ha propuesto la lectura de *En mar abierto* a los y las estudiantes de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Oviedo y me ha dado la oportunidad de debatir sobre ella en sus clases y de disfrutar leyendo los trabajos que elaboraron acerca de la novela. Anne Krautter y Doris Holtz, del Hannah Arendt Gymnasium de Berlín, también han leído esta novela con sus estudiantes y han compartido conmigo las cartas, poemas, dibujos y otros materiales a los que han dado lugar las sesiones de trabajo con el libro.

Agradezo las hermosas palabras de Emilio Sola en el Archivo de la Frontera acerca de *En mar abierto*. También a Ainhoa Nadia Douhaibi y a Isaac Rosa por prestarse a ayudarnos a dar a conocer esta segunda edición mediante sus comentarios sobre el libro, comentarios que, además, me han emocionado mucho.